

**Alain Touraine**

## **LA GLOBALIZACION: ¿ESPANTAJO IDEOLOGICO?**

*¿Será posible salir del liberalismo o estamos condenados a hundirnos en el capitalismo salvaje? Gran interrogante para la que Touraine aventura algunas respuestas.*

*Este texto pertenece al libro "¿Cómo salir del liberalismo", de Alain Touraine, publicado recientemente por Paidós*

<http://www.glocalrevista.com/contenido2.htm>

Este conjunto de observaciones pueden ser quizás entendidas, pero sé que no lo tienen fácil en lo relativo a convencer. Pues nos encontramos sumergidos dentro de cierto discurso omnipresente, que proviene tanto de la izquierda como de la derecha, tanto de las organizaciones internacionales como de los trabajadores despedidos por sus empresas: puesto que vivimos en una economía globalizada, conformada a la vez por las transformaciones técnicas, por las nuevas unidades transnacionales de producción, por las redes financieras, y en la cual intervienen nuevos países industrializados en los que a menudo se pagan salarios muy bajos, resulta absurdo hablar de la posibilidad de elegir entre distintas políticas; no tenemos ninguna otra elección salvo la de adaptarnos, mejor o peor, a las nuevas condiciones de la economía internacional. Y aunque es cierto que los Estados Unidos disponen de un verdadero margen de maniobra política, es así porque la globalización significa habitualmente americanización, y porque los Estados Unidos ocupan una posición hegemónica, tanto cultural como militarmente. ¿Es necesario repetir una vez más lo que escuchamos cada día? Lo que se acaba de indicar basta para explicar nuestro sentimiento de impotencia y, por consiguiente, el eco que encuentran los discursos que denuncian esta evolución: condena de los tratados de Maastricht y de Amsterdam, reivindicación de la defensa y de la reconstrucción del Estado nacional.

¿Y si todo esto fuera una falacia? ¿Y si todo esto no fuera más que una pompa de jabón ideológica que se rompe tan pronto como se recurre al análisis?

En primer lugar, como ya he indicado anteriormente, resulta necesario distinguir entre la sociedad de la información y la economía mundializada. La difusión de la información en

tiempo real es un acontecimiento importante, pero, ¿puede explicarse la situación de la economía en los años 1900 y la supremacía de Gran Bretaña a causa del telégrafo o incluso por el desarrollo de la industria eléctrica? Rober Reich y Manuel Castells aportan una imagen más fehaciente cuando muestran que las empresas se convierten en mediadoras entre el mundo del mercado y el mundo de la tecnología. He aquí, de un solo golpe, que cae por tierra la mitad de la construcción ideológica que estoy criticando. Lo que otorga a los Estados Unidos su supremacía actual es en buena parte el haber sido capaces de inventar y desarrollar unas nuevas tecnologías que Alemania o Francia tardarían algún tiempo en dominar, y el haber sabido modificar las formas de organización y de autoridad que acompañaron a estas nuevas tecnologías. Los países europeos permanecieron atados al viejo modelo industrial para el cual lo big is beautiful. Como se ve, todo esto, que resulta esencial y que caracteriza a uno de los campos principales donde se juegan las bazas de nuestro porvenir, no tiene gran cosa que ver con la globalización.

Es cierto que se están consolidando las empresas transnacionales, cada vez más organizadas por medio de redes; es cierto también que el comercio internacional aumenta más rápidamente que la producción mundial. Pero, ¿no era esto cierto hace ya veinte o treinta años, en una época en la que aún no se había oído apenas ese catastrófico discurso sobre la globalización? Reconozcamos simplemente, pues, como han indicado todos los sociólogos desde que lo hiciera Durkheim, y por lo tanto desde hace cien años, que la densidad de los cambios aumenta con la modernidad, siendo ésta una de sus mayores características, incluso si la aceleración de este fenómeno modifica constantemente la vida social, y en particular la economía internacional. Se ha visto cómo algunos países salían de la miseria en pocos decenios, cómo cientos de millones de nuevos productores y consumidores convertían en obsoleta la vieja distinción entre mundo desarrollado y Tercer Mundo, puesto que una parte importante de éste «emerge», mientras que una notable fracción del primero está sumergido.

Pero ocupémonos del tema del desarrollo de las redes financieras, que resulta tan extraordinario que el comercio internacional de bienes y servicios no representa más que una ínfima parte de la circulación de capitales. Es verdad que éstos pueden cambiar de manos tras ser contabilizados muchas veces al día, y esto, por otra parte, hace todavía más patente el dominio de lo que Rudolf Hilferding, hacia 1910, llamaba capitalismo financiero. Un fenómeno que no está exclusivamente ligado a los cambios tecnológicos y

a la internacionalización de los mercados. Acabamos de vivir en Francia un momento de escasez de consumo y a menudo, también, de políticas económicas incoherentes o contradictorias. Durante este período, la parte del capital en el producto nacional ha aumentado en relación con la del trabajo, y la inversión productiva ha progresado menos que las inversiones financieras, a veces muy volátiles, que la opinión pública mundial imagina como si se desplazaran en forma de tornados que acarrearán ruina y pobreza. ¿De dónde procede la idea de que este superdesarrollo del capitalismo financiero resulta inevitable? Podría pensarse que el retorno de un determinado crecimiento en Europa traerá aparejada mayor inversión productiva, al mismo tiempo que los capitales basculantes serán frenados por reglamentaciones y que se estabilizarán, en particular en los países industrializados que apelan al desarrollo tecnológico y, esperemos, también a la renovación del espíritu de empresa.

Es necesario señalar como la principal causa de la amenaza que pesa sobre nosotros no tanto la mundialización de la economía o la emergencia de nuevos países industrializados, sino la libertad de movimientos del capital en el mundo. La mejor prueba de ello es que el país que ha tomado medidas contra esta libertad, como por ejemplo Chile, que sin embargo sigue una gestión liberal de la economía, o China, que dispone de un sistema económico muy diferente, están protegidos contra una crisis que ha golpeado no obstante a México o Indonesia, entre otros países. La libertad comercial de los bienes y el movimiento incontrolado de capitales son dos realidades muy diferentes. El economista en jefe de la Banca Mundial, Joseph Stiglitz, y el economista Paul Krugman, del MIT, son convencidos partidarios de la economía liberal; sin embargo, se muestran a favor del control, por parte de los Estados nacionales, de los movimientos de capital. Dejemos por lo tanto de poner bajo sospecha todos los aspectos de la economía, desde las nuevas tecnologías a la nueva división internacional del trabajo, e indiquemos de dónde proviene el verdadero peligro: del movimiento incontrolado de capitales que puede destruir de repente diversas economías en virtud de cálculos puramente financieros y efectuados a corto plazo. La responsabilidad de las catástrofes resulta estar así compartida por los capitales internacionales y por los Estados que no saben (o no quieren) defender sus economías, o que se ven arrastrados por los desequilibrios de sus propios sistemas financieros.

La explosión de la burbuja financiera de Japón durante los años noventa, los desastrosos efectos del superendeudamiento de los grandes grupos económicos de Corea, al mismo tiempo que la debilidad política del gobierno indonesio, han demostrado drásticamente que la economía, las finanzas y la política no conformaban un bloque unido, y que era posible combinarlas de varias maneras que irían de las más ruinosas a las más convenientes. La corrupción, la ausencia de políticas de redistribución de las ganancias y la irresponsabilidad económica de numerosos grupos financieros son algunos de los factores que influyeron en la crisis.

Lo que amenaza con destruir la economía y el poder político en Rusia debería bastar para librarnos de una vez por todas de la idea de que la globalización de la economía y la mundialización de los circuitos financieros son fenómenos tan poderosos que escapan a cualquier tipo de intervención política. ¿Cómo no ver que esta crisis es política en primera instancia? Mientras los antiguos países comunistas de Europa Central construían sus economías de mercado, pese a restablecer en el poder en momentos determinados a los viejos comunistas, Rusia no conducía a buen puerto sus intentos de reconversión, desde el momento en que, en 1991, Boris Yeltsin finiquitaba por completo el sistema comunista. Una administración pública ineficaz, puesto que el Estado es incapaz de percibir impuestos, y la ausencia de programas de acción claros; tales carencias han llevado a Rusia a una forma de economía primitiva, basada en la exportación de materias primas y en la colocación en el extranjero de buena parte de sus capitales. La crisis rusa dispara sus efectos sobre el capitalismo mundial, pero no se puede decir que la penetración del capitalismo haya sido la razón que, por sí misma, ha desencadenado la crisis. La principal responsabilidad incumbe evidentemente a unos poderes públicos que no han sabido instaurar las condiciones precisas para el desarrollo y el equilibrio. Resulta indispensable poner de manifiesto los peligros extremos originados por los movimientos de capitales que buscan su propio provecho financiero antes que la inversión productiva, y reconocer a la vez que esto no es más que un efecto de la crisis, que la responsabilidad de los gobiernos resulta a este respecto más que considerable.

Por último, ¿es necesario subrayar que otro aspecto importante de la mundialización, la hegemonía norteamericana, tan marcada desde el año 1989, depende por completo de la globalización de la economía, puesto que ésta es consecuencia lógica de la victoria de los Estados Unidos en la «guerra fría» que le enfrentaba al imperio soviético? Nada nos

asegura que los Estados Unidos hubieran podido imponer por mucho más tiempo a sus aliados una nueva guerra del golfo. Sólo su debilidad política y diplomática impidió a Europa jugar un papel internacional de primer rango.

Renunciemos pues a poner en el mismo saco la mundialización y el liberalismo. Acusemos al capitalismo financiero y seamos conscientes, como ha recordado en especial Élie Cohen, de que la capacidad de intervención del Estado en la mayor parte de los sectores de la vida nacional sigue siendo grande y que la lógica económica no es implacable.

La entrada en vigor de los tratados de Maastricht y de Amsterdam podría incluso conferir una importancia creciente a las políticas de desarrollo tecnológico y a las políticas sociales de los países europeos. Nuestros Estados ya no podrán volver a actuar sobre los tradicionales instrumentos presupuestarios, monetarios, y más adelante tampoco de los fiscales, de sus políticas. Ya no volveremos a escuchar en el ámbito político esas declaraciones repetidas hasta la saciedad sobre la importancia del equilibrio presupuestario y sobre el franco fuerte y la lira débil. Volveremos a estar obligados, lo que es una buena noticia, a hablar de producción, de reparto del trabajo colectivo, de prevención de riesgos mayores, de la mejora de la enseñanza y de la atención médica, de los modos de reforzar la protección social y de lograr el reparto de jubilaciones decentes, de la necesaria reorganización de las ciudades y de la gestión de una sociedad de carácter cada vez más multicultural.

¿Qué queda de la idea de globalización después de estas muestras de sentido común? Nada. Decididamente, no se trata más que de un espantajo ideológico. Agitándolo, sólo se busca convencernos de que, sobre las ruinas de los proyectos integrales de desarrollo nacional de posguerra, se ha instalado un nuevo conjunto global, es decir, al mismo tiempo económico, social e internacional. Se querría hacernos creer en el paso de una sociedad estatalizada a una sociedad liberal y en la sustitución de una economía planificada por otra de mercado. Espero haber convencido al lector de que en realidad se trata de lo contrario de lo que esta ideología afirma. <|>En realidad hemos pasado de los modelos nacionales integrales a una situación internacional en la que las diferentes dimensiones de la vida económica, social y cultural se han dispersado, se han separado las unas de las otras<|>.

Pero, ¿de dónde proviene entonces el éxito del «pensamiento único»? Por una parte, seguramente de los medios económicos y financieros dominantes: algunos números de libros, de calidad muy desigual, han sido los eficaces voceros de la aparente superioridad de la política económica liberal. Pero no se sabría decir por qué semejante propaganda ha tenido semejante éxito mientras aumentan los índices del paro y el descontento.

De hecho la extrema izquierda, más que la derecha, es la que ha extendido la idea de globalización. De este modo intentaría justificar, en nombre de la imposibilidad de configurar nuevos medios de control social de la economía, el mantenimiento de las formas tradicionales de economía dirigida. La apertura mundial de la economía y la defensa de los intereses sociales heredados han hecho así buenas migas, puesto que ambas coinciden en la marginación e incluso, en ocasiones, en la exclusión de las clases más desprotegidas. La debilidad de la acción sindical y, en Francia sobre todo, su casi completa identificación con la defensa de los estatutos del sector público, finalmente ha dejado campo libre a las fuerzas económicas y financieras que desean convencernos de que nada es más contrario al ejercicio de su libertad que el mantenimiento de los avances logrados, cuyos efectos económicos negativos los pagan a un precio muy caro las clases más débiles. Dicho de otro modo, no es tanto la situación económica como la situación social la que ha consolidado la difusión masiva de una ideología capitalista que conviene al conservadurismo social de la derecha y de la izquierda tanto como a los <l>golden boys<l> de las finanzas.

Todo esto, dicho sea de paso, debería movernos a actuar en favor de cierta transformación de las relaciones sociales. El sindicalismo francés comenzó a desplomarse, efectivamente, hace unos veinte años y las centrales sindicales han perdido entre uno y dos tercios de sus efectivos. Inversamente, a pesar de cierto debilitamiento, el sindicalismo ha conservado su fuerza en Alemania, en Suecia y en Italia, lo que ha permitido a este último país seguir con éxito políticas de liberalización y de equilibrio económico sostenido por el principal partido de izquierda y por las grandes centrales sindicales. Ejemplo destacable, casi tanto como el caso danés, holandés y portugués, que dice mucho acerca de la posibilidad de combinar apertura económica y protección social, cosas que la opinión pública francesa continúa considerando incompatibles, lo que ha

llevado a nuestro país a navegar entre Escila y Caribdis, generando el descontento y el miedo.

En cierto sentido, resulta legítimo hablar de mundialización de la economía. Pero no se puede, no obstante, afirmar que se esté poniendo en práctica un nuevo modelo integral. Se trataría exactamente, según nos parece, de lo contrario: de la progresiva separación del sistema económico (y sobre todo de la economía financiera) de un conjunto social en el cual debería estar integrado, y de unas reacciones sociales, culturales y políticas que cada vez se hacen más identitarias, es decir, fundadas sobre la afirmación de ciertos intereses que ya no son económicos, sino que se alimentan de su propia conciencia colectiva (ya sea ésta étnica, nacional o religiosa). El mundo no tiende a unificarse, sino más bien a fragmentarse. En este sentido, Huntington tiene razón frente a Fukuyama, pero los libros del primero no gozan de tanto predicamento como los del segundo. La idea de un modelo social aceptado (aunque no respetado) por todos, que combine economía de mercado, democracia representativa y tolerancia cultural, es manifiestamente falso, mientras triunfan en numerosos lugares del mundo los íntegrismos de todos los pelajes. Estados Unidos es el país más tocado por las "políticas identitarias» que destruyen el concepto de ciudadanía, y por tanto la capacidad de acción política, y esto tanto más cuando los partidos se encuentran cada vez más influidos por los lobbies financieros.

Ante semejante peligro de fractura social se yuxtaponen dos discursos: el de la mundialización económica y el de la identidad cultural. Y esto es causa y consecuencia del desmantelamiento de los sistemas de intervención pública y de los debates propiamente políticos tanto como de la desorientación de las ciencias sociales. Ante el vacío político abierto entre la economía internacionalizada y la defensa de unas identidades cada vez más particulares, resulta imposible la consolidación de algunos movimientos sociales capaces de transformar la política de un país. Esto explica el recurso a las revueltas callejeras y, en ciertos lugares, a la violencia. Aquellos que hacen de la necesidad virtud, que acentúan el carácter antiinstitucional, puramente crítico, de la acción colectiva, contribuyen a cerrar el círculo vicioso por el cual las situaciones objetivas y las reacciones subjetivas, personales y colectivas se refuerzan mutuamente, lo que contribuye a hacer imposible o a debilitar la acción política, es decir, la capacidad de la cual dispone un país para actuar desde dentro de sí mismo con el fin de reducir esta peligrosa disociación entre la economía y las diversas culturas.

Este análisis crítico de la idea de globalización desemboca en dos conclusiones. La primera es de tipo histórico. No hay razones para creer hoy día en la formación de una sociedad mundial que no existía ya en 1913, en vísperas de la Primera Guerra Mundial. La idea de globalización, como la mayor parte de los compuestos ideológicos, aparece ante la escena pública en el momento en que comienza a perder su utilidad real para el análisis; en particular, en el momento en que en muchos países, como Francia, se habla de nuevo en términos de producción, de intervención pública y también de igualdad y de protección social.

La segunda nos concierne más directamente. Si la idea de globalización, que se quiere el mito fundacional de la sociedad capitalista mundial, no es más que una construcción ideológica, recuperaremos, en el caso de que la hagamos estallar, la conciencia de nuestras posibilidades de actuación, de nuestras responsabilidades y de la pertinencia de nuestros debates de opinión y de nuestras decisiones políticas.

La irracionalidad del movimiento de capitales no puede ser combatida más que por medio de intervenciones voluntaristas y políticas. El desarrollo tecnológico, el aumento del consumo, la lucha contra la fracturación social y en favor de un desarrollo sostenible deben ser nuestros principales objetivos. Nuestra primera tarea ha de ser la de identificar las fuerzas que pueden actuar positivamente y no confundir la crítica activa del capitalismo financiero y de la irresponsabilidad gubernamental con la denuncia global de la economía moderna, tan falsa como lo que ataca, y que preconiza el retorno a soluciones del pasado. Estas cosas deberían liberarnos de los irracionalismos de toda laya.

Poco importa saber si tales populismos buscan deslumbrar a la opinión pública, y en particular a las clases más desfavorecidas, o si ellos mismos se deslumbran y se invisten de la sagrada misión de convertirse en profetas de la desgracia en un mundo en el que el mal se extiende por todas partes, de forma, según dicen, inevitable. Se hace preciso en cualquier caso poner término a semejantes ilusiones, a esos errores y a esas denuncias. Se hace necesario, para ir en una dirección por completo opuesta, devolver la prioridad al análisis de los hechos y sobre todo a los debates de opinión y a las propuestas de actuación, pues nuestro margen de libertad es sin duda amplio. Casi se podría decir que

no cesa de aumentar a medida que el crecimiento, como consigna la admirable expresión "crecimiento sostenible» (sustainable growth), depende de factores cada vez más indirectos, puesto que no se trata solamente, con tal de alcanzar la modernización, de acumular trabajo y capital, o de disponer solamente de carreteras, de escuelas, de una administración pública y de ordenadores, sino que también resulta imprescindible asegurar la supervivencia de unos frágiles sistemas sociales, cuyas fronteras han de permanecer abiertas, establecidos en un ambiente cambiante y poco previsible. Ciertamente, debemos dejar de lado las ruinas y las ilusiones configuradas a imagen del desarrollo voluntarista de posguerra; pero debemos, aún más, recuperar el sentido de posibilidad de la acción y las exigencias sociales y morales sin las cuales no habrá esperanza de resistir la formidable presión de un sistema capitalista que se extiende al conjunto del planeta.